

EL DEMONIO DE ARBENNIOS

BERNARD TORELLÓ

minotauro

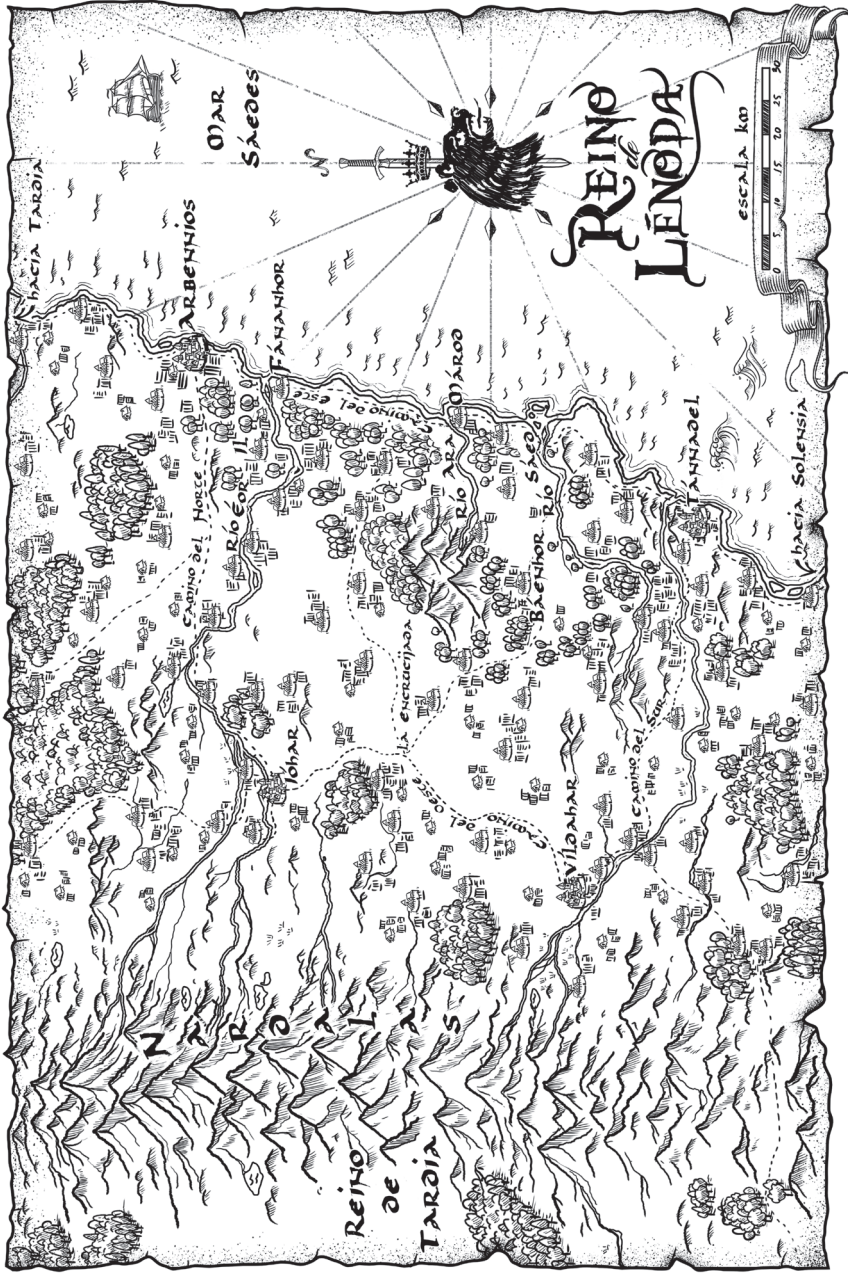
© Bernard Torelló López, 2021
Imágenes de interior: © Cover Kitchen
Mapas: Fernando López

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0967-3
Depósito legal: B. 326-2021
Preimpresión: El Taller del Llibre
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

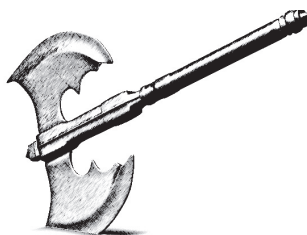
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.





1

VIDA



Había tenido una pesadilla. No la recordaba con exactitud, pero sabía que estaba relacionada con los infernales. Y todo lo que tuviera que ver con ellos le traía malas sensaciones.

Oyó un ruido a su lado. Giró la cabeza hacia la izquierda y abrió levemente los ojos: Rálenna estaba sentada en la cama, vistiéndose de espaldas a él. El cabello castaño, con mechones rubios, le caía suelto por la espalda como una cascada en perfecta armonía.

—Eres preciosa —susurró.

Ella rio brevemente.

—Lo sé, Kai —respondió, orgullosa—. Aunque nunca me cansaré de que lo digas.

Kai sonrió o habría sonreído si hubiera estado lo bastante despierto; en su lugar, tan solo curvó los labios. La siguió con la mirada mientras ella, con movimientos rápidos y elegantes, se levantaba y salía de la estancia. Con la sombra de la sonrisa aún en el rostro, Kai dio la vuelta hacia un lado, acomodándose en la cama, pero al cerrar los ojos le acudió a la memoria el sueño del que acababa de despertar.

Había sido un sueño oscuro. En él había un campo de batalla

enorme y siniestro, por el que caminaba despacio, observando los cadáveres que lo rodeaban. A su lado, sus antiguos camaradas se internaban por la niebla mientras soltaban mofas irrespetuosas hacia los enemigos caídos. Entonces él los miraba, irritado. No le caían bien. Nunca le habían caído bien.

Se concentró para alejar aquel sentimiento de su mente. Pensó en Rálenna: los ojos verdes, las mejillas sonrosadas, los gestos traviosos. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo, la Rálenna de carne y hueso volvía a estar junto a él. Kai abrió de nuevo los ojos y vio que ya estaba vestida y arreglada, con el collar y los pendientes puestos, lavada la cara y lista para partir. La habitación seguía a oscuras, pero detrás de ella un diminuto rayo de luz se filtraba por una ventana.

—¿Ya te vas? —preguntó él con voz soñolienta.

—Sí —respondió la mujer con dulzura—. No puedo quedarme más.

—¿Nos veremos esta noche?

—No, es imposible. Ya te lo dije ayer, pero nunca me escuchas. Nos veremos dentro de dos días.

Kai suspiró. Rálenna le pasó una mano por el brazo y lo acarició con suavidad.

—Acuérdate de hablarle de mí a la señora Baélira.

Kai gruñó como toda respuesta.

—Hazlo —insistió ella—. Que tengas un buen día.

Dio la vuelta para irse, pero Kai le cogió la muñeca y la atrajo hacia sí.

—Dame un beso —exigió.

Rálenna suspiró y se inclinó hacia él. Kai se incorporó un poco para tratar de besarla, pero ella le hizo un amago; se apartó en el último momento y lo empujó con fuerza hacia atrás, tumbándolo de nuevo en la cama.

—Habla con Baélira —le recordó. En su rostro se dibujaba una sonrisa burlona.

Kai bufó mientras ella se alejaba. Rálenna salió, sus pasos se oyeron cada vez más distantes, la puerta de la casa se abrió y se cerró casi sin emitir ruido alguno. Kai se quedó tumbado en la cama, cerró los ojos y trató de conciliar otra vez el sueño, ahora que aún tenía tiempo.

Las cosas con Rálenna no eran sencillas. El secretismo con el que llevaban su relación solo conseguía que ambos se frustraran a menudo, quizá por orgullo, quizá por celos, cuando en el fondo lo único que deseaban era verse con mayor frecuencia. La situación solo mejoraría si contraían matrimonio, pero ¿estaba él dispuesto a ello? Tampoco hacía tanto que la conocía y, además, ella poseía mucho más patrimonio que él. La familia de Rálenna no lo vería bien, sin duda; tal vez, si él no hubiera dejado su antiguo empleo, su paga sería suficiente como para estar a la altura, pero con su salario actual aún estaba lejos de poder lograrlo.

En estas divagaciones se encontraba cuando de pronto los campanarios de la ciudad empezaron a sonar. Tres campanadas le indicaron que el alba había llegado.

Gruñó. No se desperezó enseguida, sino que primero dio una vuelta y luego otra. Bostezó, se estiró y murmuró para sí, hasta que al final entreabrió los ojos y se sentó en la cama. Estaba desnudo, pero no tenía ni pizca de frío; aquel verano era realmente caluroso y ni siquiera en la capital, que se encontraba en la costa, se podía huir del calor. Bostezó por segunda vez y se levantó.

Caminó por el suelo de piedra hasta llegar a una silla situada bajo la ventana, donde se encontraba toda su ropa, dejada de cualquier manera. El rayo de luz que se filtraba en la habitación era ya más claro, más puro. Se fijó un momento en él y vio motas de polvo que volaban en el interior del rayo. Se rascó la cabeza y se volvió hacia la silla.

Pantalones, botas altas, túnica blanca, cota de malla y cinturón. Todo atado y bien puesto, se pasó una mano para peinarse

el pelo hacia atrás, se mojó la cara para refrescarse, cogió las armas, echó los guantes dentro del yelmo y salió de la casa.

Aún era temprano, pero las calles ya empezaban a estar transitadas, ya se oía el ruido de los pasos y el rumor de la gente. Un día más se había alzado en aquel mundo vasto, un día más en el que los habitantes de la ciudad de Arbennios vivirían en paz y tranquilidad, trabajando para poder mantenerse y llegar al amanecer del día siguiente. Un ciclo continuo, ininterrumpido, de orden establecido.

Mientras caminaba, andaba pensando en asuntos irrelevantes, sin fijarse en nada concreto, pues ya lo conocía todo. La mayoría de las casas tenían todas las ventanas abiertas en un intento desesperado de airear unos habitáculos que apestaban a calor y sudor, pero no soplaban aire alguno, no había ni una pizca de la brisa más tenue, así que ninguna casa podría ventilarse. Al mismo tiempo, las calles empedradas estaban llenas de suciedad: aquí y allá había tierra, meados, restos de defecaciones, tanto humanas como animales, y a veces incluso gotas de sangre esparcidas por el suelo y las paredes. ¿Habría habido alguna pelea durante la noche anterior? Quién sabe, tanto podría haber sido la noche anterior como la de dos meses antes.

En la mano derecha sostenía la lanza, una correa le cruzaba el pecho para sujetar el escudo en la espalda y bajo el brazo izquierdo llevaba el yelmo. Pronto empezaría su jornada laboral; esa semana le había tocado el turno bueno, lo que significaba que aún tenía un poco de tiempo antes de empezar a trabajar, el suficiente como para pasar por su posada favorita.

Iwo, su amigo Iwo, el rubio y joven guaperas que había conocido años atrás, estaba prometido con la hija de los propietarios de El Escudo Hesperio, una de las posadas con más renombre en el barrio. Así que los privilegios que tenía allí la vieja pandilla de amigos eran considerables: se los trataba con calidad y no como clientes cualesquiera, y a cambio ellos no consumían

comida o bebida prácticamente en ningún otro local, sino que pasaban tanto tiempo en esa posada como en sus respectivas casas.

Cuando entró, la primera persona que lo vio fue Shana, la prometida de Iwo. Tenía una figura como la de Rálenna, pero Shana era más joven y su cabello era negro como el cielo sin estrellas.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Has pasado una buena noche?

—No empieces —respondió él, esbozando una media sonrisa—. ¿Ya han llegado todos?

Shana asintió y también sonrió. Lo cogió del brazo y, juntos, caminaron hasta una pequeña y acogedora sala, situada al otro extremo de la posada. Abrieron la puerta y allí los vieron: tres hombres y una mujer sentados alrededor de una mesa redonda, desayunando mientras charlaban.

—¡Hombre! —exclamó Arden nada más verlo—. Llegas tarde. ¿Cómo es eso? Antes nunca llegabas tarde. ¿No será que cierta señorita te ha entretenido más de la cuenta?

—¡No le digas eso! —le regañó Landia—. Es el que vive más lejos, por eso llega después que nosotros.

—¡No lo defiendas! —protestó Arden—. ¿Quieres conocer a su mujer o no? Déjame provocarlo.

Los demás rieron mientras Kai dejaba la lanza y el escudo apoyados en la pared y se sentaba al lado de Landia, que era su prima. Puso el yelmo sobre la mesa.

—¿Nos la presentarás algún día? —pidió Dan—. Llevas ya un montón de tiempo viéndote con ella, pero nosotros ni siquiera sabemos aún su nombre.

—¿Un montón de tiempo? —intervino Iwo, el rubio posadero—. Creo que ni siquiera hace un año.

—Los casados medís el tiempo de manera diferente a los solteros —señaló Dan.

—Eso es verdad —opinó Arden.

—Si no quieres presentarla —continuó Dan—, por lo menos podrías decirnos cómo se llama.

Kai suspiró en señal de resignación. Cortó una generosa ración de queso y luego se llevó una jarra de cerveza a los labios.

—Ya sabéis que no puedo decirnos nada —se excusó, dejando la jarra sobre la mesa tras un largo trago—. ¿Cada mañana tendré que soportar este interrogatorio sin sentido?

—Pues claro, porque si ahora ya no cenas con nosotros, sino que cenas con ella, tan solo vamos a verte por las mañanas —sonrió Arden.

—La semana pasada tuve el turno de tarde —explicó Kai con voz cansada— y durante esta semana solo he cenado una noche con ella. Hoy cenaré con vosotros.

—Eso espero.

Kai suspiró otra vez. Los otros cinco, contando a Shana, que se había sentado al lado de Iwo, lo miraban sonriendo. Él se giró hacia su prima.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó.

—Perfectamente —respondió ella, frotándose el vientre con una mano—. Ya hemos decidido cómo se llamará en caso de que sea niño.

—¿Ah, sí? —dijo Shana—. ¿Cómo?

—Elerion —respondió Arden.

—¿Le pondréis el nombre de un rey? —Kai se mostró escéptico.

—Sí —Arden se encogió de hombros—. ¿Quién nos lo va a impedir?

—Seguro que lo has escogido tú, no mi prima.

—Es que hemos decidido que si es niño, él escogerá el nombre —intervino Landia—, y si es niña, lo elegiré yo.

—Parece un trato justo —asintió Iwo.

—Pues ya sabes lo que tendrás que hacer cuando os toque a vosotros —dijo Arden, guiñándole un ojo. Iwo y Shana se ruborizaron.